



EL ECO DE CARTAGENA

XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13516

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 pts. Tres meses, 450 id. - EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. - La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 6 DE DICIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. Correos póstales en París: Mr. A. Lavette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

LA UNIÓN ES FUERZA

Como comentario á un suceso ocurrido recientemente en el Ministerio de Marina, escribe lo siguiente nuestro estimado colega madrileño «Diario de la Marina»:

Ha bastado que se inicie en la Marina un correctísimo acto de unión y solidaridad, dentro de la ordenanza y de la disciplina para que se determinen acontecimientos trascendentales en la política. Eso demuestra que la primera necesidad que debe satisfacerse en la Armada, es esa: la unión íntima, incondicional, verdadera entre todos sus miembros.

La actitud de los marinos, que no es de provocación ni de amenaza, sino de dignidad y de prudencia ha sido elogiada unánimemente. Las corporaciones militares necesitan vivir llenas de prestigio y la Armada acaba de demostrar que si ha estado siempre dispuesta al sacrificio en aras de la Patria, no puede resignarse á ser inmolada á la política de componendas, hoy tan uso.

Esto constituye un aviso y una lección. Aviso á quienes consideran que se puede vejar y desairar á un organismo militar que tantas pruebas de abnegación ha dado en beneficio del País, lección para los que entienden que no hay redención ni esperanza en lo referente á renacimiento marítimo.

Las circunstancias actuales son decisivas para España en lo concerniente á la política exterior. La cuestión de Marruecos, en que tanta intervención corresponde á nuestro país y en que éste ha contraído tan solemnemente compromisos exige que la Marina y el Ejército estén dispuestos á defender el honor de la patria.

Pues bien, en esos momentos tan solemnes y tan decisivos, en esos instantes de tanta gravedad y trascendencia, la política de partido no ha vacilado en herir la susceptibilidad de las corporaciones militares, haciendo caso omiso de su dignidad y tratando de unirlos al carro victorioso de la intriga y el menoscabo, como si los organismos militares en vez de consagrarse á la defensa nacional hubieran sido creados para servir de escabel al caciquismo político.

Eso no podía ser, no podía prosperar, habiendo dado los resultados que están á la vista. La Marina, inspirándose en la religión del honor, ha adoptado una actitud noble, correcta, digna. Ha puesto la mirada en los altos sentimientos de dignidad y ha hecho, sólo con esto, completamente imposible que pudieran consumarse y sancionarse agravios innegociados.

Ahora sólo falta que la unión entre todos los organismos de la Armada sea más estrecha, que se vea que el bloque naval se ha hecho con altas miras, en bien de la Patria y de la Marina y que no puede ser arrojada por el empuje de los ambiciosos de la política menuda.

Sean los que fueren, los acontecimientos deben encontrar siempre dispuesta á la Marina á sacrificarse por la Patria, pero al mismo tiempo enérgica y firme para oponerse á todo cuanto pueda redundar en su desprestigio.

Que aprendan los vividores de la política á respetar á los organismos militares, á conducirse no como caciques vulgares sino como servidores de la nación, y entonces no ocurrirán de-

cepciones tan amargas como las que han venido sufriendo estos días y que quizás no son sino el prólogo de otros desengaños más acerbos, tal vez indispensables para que la Patria española salga del pantano en que se encuentra metida.

APTITUDES

EL ARTE DE HACER BUÑUELOS

Generalmente se cree que el arte de hacer buñuelos está al alcance de todas las inteligencias, y eso es un error crasísimo. Y la prueba está en lo pésimamente que están saliendo estos días los que se han hecho en la buñolería nacional.

¡Cielos que plastas! Parece mentira que siendo una cosa en apariencia tan fácil, cueste tanto trabajo. Los buñuelos, sobre todo si son calentitos son cosa rica, grata al paladar y confortables para el estómago.

Pero es, naturalmente, cuando están bien hechos. Los buñuelos que ahora se hacen en la caldera política son inaceptables. La masa está mal hecha, el aceite es malo, y las manitas que los fabrican, á la vista está, no pueden ser más incapaces.

De todo ello resulta que nadie quiere buñuelos, pero cada uno hace lo que puede y los grandes amasadores públicos, á quienes puede decirse que les han salido los dientes haciendo buñuelos, lo están verificando ahora rematadamente.

Sin duda les ocurre lo que á los sacristanes y los sepultureros, que en fuerza de andar con los santos y con los muertos concluyen por perderles á unos y á otros el respeto.

Los fabricantes de buñuelos en la gran caldera política en fuerza de estar siempre con las manos en la masa han concluido por no hacer caso de sus buenas aptitudes y sacan cada plastá que hasta los leones de bronce colocados en el pórtico del Congreso se soliviantan.

¿Hay buñuelo mayor que la crisis doble, como algunas palmonías, que ha salido estos días de la gran caldera parlamentaria? El público acostumbrado á otras cosas no pasa por tales fritangas y pide á voz en cuello la cabeza del buñolero, se entiende, del que hace los buñuelos políticos, no del puntillero que da el golpe de gracia á los señores cornúpetos.

El buñolero político, ó sus ilustres descendientes no tocan pito en esta clase de buñuelos políticos, ni va con ellos la alusión; aquí se habla solamente de esos eximios congrios públicos, que arremangados hasta el codo están sobando hace días la masa anticlerical sin darle el punto de cochuera necesario para que se convierta en riquísimos buñuelos.

Pero sin duda estos artifices están en desgracia porque todo les sale mal estos días. ¿Es que el aceite está quemado? ¿Es porque está frío? Sea por lo que fuese el hecho es que los más acreditados buñoleros se suceden en el manejo de la espátula y como si no.

Si uno lo hace mal el otro lo hace peor y como esto siga así ¡un par de días más va á haber que cerrar la buñolería, poniendo en la puerta, no el clásico cartelito de «Cerrado por defunción» sino otro que diga: «Cerrado por ineptitud».

Y es lástima, porque una de las cosas más justamente acreditadas en la villa del oso y del madroño son los buñuelos de Madrid, que no tienen rival en el mundo.

(De colaboración)

Sobre la enseñanza elemental

Mucho se ha hablado, algo se ha escrito, bastante se ha discutido y no poco se ha legislado desde la segunda mitad del precedente siglo XIX, deseosa aquella generación de corresponder al dictado de «Ilustrado», para llevar al pueblo los conocimientos más elementales de Instrucción primaria.

Para ello se ha procurado y conseguido sustituir á los antiguos maestros de escuela, cuyos conocimientos incompletos en la lectura, regular manejo de la pluma para trazar letras y alguna práctica en las llamadas cuatro reglas de Aritmética, les autorizaba para la enseñanza de los niños, animados por la módica retribución que percibían en pago de ese servicio y auxiliados con las persuasivas palmeta y correas ó disciplinas, han sido sustituidos, repetimos por los profesores de instrucción primaria, adornados de título académico adquirido en riguroso examen de múltiples y variadas asignaturas guiados por la obtención de un sueldo que podrán acrecentar, previa oposición, á escuallas de mayor categoría.

La enseñanza de primeras letras, encomendada á los maestros de escuela, era muy limitada, reducida á leer, escribir, contar y doctrina ó catecismo, era remuneratoria y voluntaria, vigilada por los Ayuntamientos y padres de familia que cuidaban de la puntual asistencia de sus hijos, y el método de enseñanza se caracterizaba por la rutina ó las reglas que la ley natural dictaba al maestro.

La enseñanza elemental, recomendada á los profesores de instrucción primaria, es mucho más lata y complicada, pues comprende, además de las enumeradas, la de gramática castellana, historias sagrada y de España, geografía, principios de agricultura, etc., etc., es gratuita y obligatoria, vigilada y fiscalizada por los inspectores de escuelas y juntas municipal y provincial y el método es el aconsejado por la pedagogía.

Con ese impulso que aparece dado por el legislador á la enseñanza elemental desde mediados de la anterior centuria, á que hay que agregar la creación de las escuelas para adultos, parece consiguiente un adelanto pro-

gresivo de la instrucción de todas las clases sociales, en términos de suponerse fundadamente haber conseguido en el siglo XX, como en los buenos tiempos del Califato de Córdoba la desaparición de las personas analfabetas. Pero si esto parecía natural sucediera, no ha sido en la realidad, como lo comprueban los datos estadísticos.

Para investigar, hallar y enumerar las causas ocasionales de este retroceso, tenemos que invertir bastante tiempo para ir á buscarlas, no ya en las aptitudes de los profesores, que desde luego reconocemos, pero acaso sí en su interés, solicitud y diligencia en la enseñanza, y sobre todo, en la conducta de los padres de familia, cuya indiferencia, descuido, abandono y negligencia en la educación de sus hijos es digno de censuras; por lo mismo á ellos debe dirigirse la principal inculcación. ¿Y habrá medio de estimularles, especialmente á los de la clase humilde, para que salgan de esa punible inercia? Conocemos y aplaudimos las disposiciones legales coercitivas dictadas contra los padres morosos en sus deberes paternales, pero también vemos que dichas disposiciones han venido á ser en la práctica letra muerta.

Si se quiere que en la enseñanza elemental ó de primeras letras sea una verdad práctica, además de eliminar de ella alguna de las asignaturas que sólo sirven para embarazarla ó entorpecerla sin provecho de los niños, nos atrevemos á proponer una medida eficaz y segura que, por sí sola, hará desaparecer de España la numerosa clase analfabeta, y consiste en que por un artículo de la ley de reemplazo del Ejército, se declare soldado, sin previo sorteo, al mozo que no supiere leer ni escribir.

Esta idea aceptada por nosotros, fué expuesta hace ya bastantes años en los Cuerpos colegisladores por un representante del país, que creemos no llegó á merecer ni aún los honores de la discusión, pero que aceptada y llevada á la práctica obtendría con seguridad el resultado apetecido, por cuanto excitaría el celo de los padres, que no querrían verse privados del auxilio pecuniario de sus hijos y alentaría la aplicación de éstos para evadirse del servicio militar.

J. M. García Flores.

CUENTO

EL JUGADOR

Era la media noche cuando abandonó la mesa del juego.

Había perdido su fortuna. Instintivamente tomó el camino de su casa. Su cabeza ardía. Aplastaba su cerebro un peso enorme.

Y pensó: Pensó en su familia; en su mujercita, que en esa hora, debía esperarlo temblando de frío y de zozobra al lado de la cuna de su hijo dormiendo. ¿Qué le dirá?

El cielo cubierto de estrellas resplandecía indiferente sobre su frente pálida.

De vez en cuando un traspasador con el cuello del gabán subido hasta las orejas, marchando de prisa, pasaba por su lado mirándolo con desconfianza.

Y el miserable volvía la cara con miedo de ser conocido, de que leyeran en su rostro la infamia cometida. Llegó.

Con mano convulsa metió la llave en la cerradura, tembló al escuchar el ruido de los goznes que gemían.

La voz del remordimiento gritó en ese instante en su conciencia.

Siñtó un puñal que le destrozaba las entrañas.

—¿Eres tú?

Y dos brazos le estrecharon, y unós labios, le besaron en los labios:

—¡Mira!—Es una cosa horrible!

Estaba pensando en que lo había perdido todo, en que no tenían ya donde colocar la cuna de nuestro hijo.

—¿Qué foatería! ¿Verdad?

Y ella de leía todo aquello con los ojos, apretándole las manos; sonriente de verlo llegar á tan buena hora. dichosa de tenerlo á su lado.

—Y ¿si fuera cierto?

Le dijo con tono frío, seco, con el tono del que conocieno su falta, pretende evitar el castigo haciendolo sentir la superioridad de sus fuerzas materiales.

Quedóse la murjecita con los ojos abiertos; casi espantada.

¿Por qué misterioso pensamiento decía la verdad su corazón?

Luego, con una mano apoyada en la cuna del niño.

—¿Qué importa?—dijo.—Una madre siempre encuentra con qué darle de comer á su hijo.

88

EL MANDATO DE LA MUERTA

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 85

tiempo trataba de divinar los acontecimientos que iban á sucederse. Una figura dominaba su ensueño; la de Juana, la Juana pequeña, tal como la había él dejado sobre la arena del jardín, en el boulevard de los Inválidos. Y sentía una llama en el pecho, una afeción tierna y abrasadora.

En suma, aquella niña era suya, su madre se la había dado, perteneciale como una herencia de amor. Extrañábase de que hubiesen podido robársela durante tanto tiempo; su inquietud desaparecía y se tranquilizaba, al pensar que iban á devolvérsela. Sería suya, del todo suya. La amaría como había amado á su madre, de rodillas como á una santa. Y su cabeza disparataba, sentía que se iba apoderando de su ser la locura de la abnegación. Su afeción se desbordaba y le ahogaba. Durante doce años había oprimido violentamente en corazón para impedirle que latiese; se había reducido al papel de máquina, había esperado mudo, frío y pasivo.

El despertar llegaba; un despertar terrible de pasión. Habíase operado en aquel corazón un trabajo oculto, incógnito; las fervientes amativas, por falta de expansión, se encontraban irritadas, y así es como había caído él en la idea fija. Todo se exageraba, no podía pensar en Juana sin que le viniesen ganas de arrojarse.

Hallóse de repente en el gábiteto del señor To-

VII

Una mañana, Daniel fué á la calle de Amsterdam, y cuando volvió por la noche, manifestó á Jorge que se iba al día siguiente, quizás para siempre.

Había sabido durante el día que Juana había salido definitivamente del convento y que había en casa de su tía. Aquella noticia le había puesto como loco. Sólo tuvo un pensamiento; entrar, fijarse en aquella casa en donde se hallaba el objeto de su tierna adoración. Buscó, inventó, se puso en acecho. Supo por fin que el señor Tellier, que acaba de entrar en el Cuerpo Legislativo, deseaba un secretario, y su plan quedó en seguida determinado. Corrió á buscar recomendaciones, y envió, para que hablase de él, el autor del Diccionario, que le estaba muy agradecido.

Tenía que presentarse al día siguiente, y estaba seguro de ser aceptado. Jorge, dolorosamente sorprendido, miraba á Daniel sin encontrar una palabra que decirle.